

sesos a que habían dejado secos los libros de caballerías. Se le llenó de luz el cerebro al Caballero. Y vió toda su vida bañada en luz. Y al Cristo sobre una colina, al pie de un olivo, bañado en luz del alba de un día de primavera y oyó—era como si cantase el cielo— estas palabras: «¡Bienaventurados los locos porque ellos se hartarán de luz de razón!».

Y el Caballero se sintió en la gloria eterna.

MIGUEL DE UNAMUNO

(*Caras y Caretas*, Buenos Aires).

Versos de profecía

Señor Jesucristo, por mi siglo veinte,
por bueno y por malo, por toda la gente,
déjame decirte la súplica ardiente.
Porque el tigre rompa carnicero diente,
porque un cataclismo corra de repente
sobre el mundo malo de oriente a poniente.
Señor Jesucristo, que resucitaste
al tercero día que el mundo dejaste,
mira que mi siglo tu amor no malgaste.
Mira que desnudas y desmelenadas
como una manada de yeguas caldeadas
andan las pasiones ya desatentadas.
Te niegan los chulos y los comerciantes,
ya no se protegen de ti los amantes,
por negras faunalias los negros turbantes
de tus cardenales modernos y bravos
van pasando en manos de inmundos esclavos
de pueblos latinos y pueblos eslavos.
Señor Jesucristo, tu aliento de cumbre,
tu palabra lenta, tus ojos de lumbre
derritan la costra de esta podredumbre.
El loco germano que quiso perderte
—su lengua era bronce, su cerebro fuerte—
nos dió sus venenos y sales de muerte.
Por él los nacidos de matriz humana,
el gesto batracio, la idea pagana,
hacemos letrina de mitra romana.
Te adoró en España todo caballero,
el germano rubio te negó primero,
el blasfemo Nietzsche y el diablo Lutero.
Pero ya se anuncian las grandes pavuras;
llameará la tierra por sus aberturas,
se alzarán los muertos de las sepulturas.
Los dinamiteros romperán sus grillos,
saldrán las espadas, los largos cuchillos
de los hombres negros y los amarillos.
Señor Jesucristo de las suavidades,
en estos fragores y estas tempestades
que azotan campiñas e incendian ciudades,
mi alma es una barca que no tiene oriente,
doncella desnuda sobre la corriente
de zumos viciados de mi siglo veinte.
Para Compostela, profundo romero,
con mi don Quijote me fuí, caballero
de mirada pura, de gesto ceñero.
Pero en el camino, bajo las estrellas
hubo ronda alegre de blancas doncellas,
vino de manzanas, manjar de grosellas.
Siguiendo mi ruta por otro camino,
me ví frente a frente con Tomás de Aquino,
comí de su carne, bebí de su vino.

Pero, sin embargo, Señor Jesucristo,
mis ojos tan grandes terrores han visto
que a toda palabra de amor me resisto.
Y en esta tragedia yo te ando buscando
para que me digas el cómo y el cuándo,
porque yo recuerdo, Maestro, que estando
Lázaro, el mendigo, la tarde nefanda,
sumido en el sueño de una muerte blanda,
le dijiste: «Lázaro, levántate y anda».
Y hoy que estamos muertos hombres y
[mujeres,
y se inicia el reino de los mercaderes,
necesita el mundo tus amaneceres.
Ven con tu tridente, metiendo tu espada
en torre vetusta, en ciudad poblada,
en casa de mármol y en tierra sembrada.
Ven con mano airada, con semblante adusto,
y que en tu presencia se muera de susto
el malvado, el necio y el sabio y el justo.
Ven con pestilencias, con grandes temblores;
corran sobre el mundo siniestros horrores,
visiones de muerte, locos estertores.

Los galgos celestes en el paroxismo
arrastren los huesos de abismo en abismo
y dance la tierra bajo el cataclismo.
Caigan las estrellas como desgajadas
por vientos agudos y despedazadas
rompan catedrales y torres alzadas.
Se cuele tu furia por las mil rendijas
de la tierra rota, rueda por las guijas
la sangre mezclada de madres y de hijas.
Señor Jesucristo, por mi siglo veinte
pasaron los bárbaros de oriente y poniente
metiendo su espada, clavando su diente.
Cebaron sus potros en tus catedrales,
en piscina santa de aguas bautismales
lavaron su lepra con blancos pañales.
Y porque se cumpla la frase divina,
te pido, mi Cristo, vestido de sayos,
que en tierra sajona y en tierra latina
desates la furia de todos tus rayos.

ARTURO TORRES RIOSECO

El motín de Efeso

UNAS veces disputando en la vieja
sinagoga con los judíos, persua-
diendo otras a los griegos, bajo la línea
marmórea del pórtico, abierto sobre
las olas azules del Egeo, anunciaba
San Pablo la nueva doctrina a los mo-
radores de Efeso, la ciudad jónica fa-
mosa en todo el orbe por su templo de
Diana.

No hablaba contra la diosa, a juz-
gar por lo que en los «Hechos de los
apóstoles» se refiere. El magistrado o
escriba público hubo de proclamar
más tarde ante el pueblo que aquel
hombre no había sido «sacrílego ni
blasfemador» del culto de Diana, la
protectora de la ciudad. Pero anuncia-
ba la Buena Nueva de las almas, estu-
mulando a todos a que, penetrando en
el íntimo sagrario del propio corazón,
buscasen en él al Dios «que, de cierto,
no está lejos de cada uno de nosotros,
porque en él vivimos, y nos movemos,
y somos...» «Somos del linaje de Dios,
y no debemos pensar que la Divinidad
es semejante al oro, o plata, o piedra,
labrada por arte o industria de hom-
bre...»

Predicando así la religión del espí-
ritu y de la verdad, chocaba el apóstol
con los prejuicios tradicionales de las
antiguas creencias, hiriendo por igual
el frívolo escepticismo de los gentiles
decadentes, «aficionados sólo a decir
u oír cosas nuevas», y el celo fanático
de los judíos, esclavos del rito y de la
regla, del texto y de la letra de los Li-
bros Sagrados... «Te oiremos sobre
esto otra vez...», decían, sonriendo los
primeros. Los segundos, en cambio,
odiando en San Pablo al sembrador
de ideas nuevas, como ellos mismos

decían, concitaban contra él a las
dos grandes fuerzas conservadoras: los
hombres poderosos y las mujeres de-
votas. Así, en Antioquía, según se
narra en los «Hechos», soliviantaron
«a algunas damas piadosas y a los
principales de la ciudad», hasta que
lo expulsaron más allá de su recin-
to, de donde salió el apóstol, «sacu-
diendo el polvo de sus pies contra
ellos»...

Mas ahora en Efeso, la ciudad pa-
gana, comercial y cosmopolita, ¿qué
podía temer aquel pobre predicador de
una doctrina nueva que, tras de dis-
cutir libremente, al caer de la tarde,
apoyado contra una columna del pór-
tico, se recluía en su albergue para
ganar con sus manos el diario susten-
to—«vosotros sabéis que, para lo ne-
cesario, estas manos me han servi-
do...»—trabajando en su oficio de
cordelero o fabricante de tiendas?

Había en Efeso, según se cuenta en
el capítulo XIX de los «Hechos de los
apóstoles», un platero, llamado De-
metrio, «el cual hacía de plata temple-
cillos de Diana, dando no poco que
ganar a los artífices». Sin duda, los
visitantes del célebre santuario com-
praban, como recuerdo, alguna ima-
gen de la diosa o reproducción de
aquel sagrado edificio, una de las siete
maravillas del mundo. De ahí un co-
mercio próspero, que enriquecía a
orfebres y mercaderes. Por eso, Deme-
trio, reuniendo a los artífices le dijo:
«Varones: Vosotros sabéis la ganancia
que nos resulta de nuestra maestría,
y estáis viendo y oyendo que, no sola-
mente en Efeso, mas por toda Asia,
retrae a muchas gentes con sus per-